

CAPÍTULO IV

Historia de una piedra preciosa

RUGIERO con la mayor tranquilidad tendió la mano á los dos jóvenes; arrimó una silla de bejuco; encendió un puro en un cerillo, y se sentó en la puerta que daba al jardín.

—La tarde ha estado deliciosa, y en la noche tendremos una brisa fresca.

Arturo y Manuel permanecieron como petrificados en el mismo lugar, sin poder articular una palabra.

—¿No os sentáis?—continuó Rugiero;—¿no os llama la atención la frescura de este jardín, ni la belleza de ese horizonte?

Arturo y Manuel volvieron la cara, y creyeron ver la misma visión rara y fantástica que habían observado; pero reflexionando un poco, se convencieron de que eran solamente las figuras caprichosas que formaban las nubes impelidas por el viento; mas ya fuese obra de la

preocupación que tenían, ó ya de la casualidad, lo cierto es, que les parecía que jamás habían visto en los cielos un fenómeno semejante.

—En verdad, amigos míos, que no os conozco; jamás os he visto tan tristes y pensativos; y cualquiera que no os hubiese tratado como yo, se atrevería á creer que no sois, ni muy amables, ni muy corteses.

Esto diciendo, Rugiero arrimó dos sillas, y tomando del brazo suavemente á Arturo, lo sentó en una de ellas é iba á hacer lo mismo con el capitán, pero este hizo un esfuerzo supremo; apretó los puños, y evitó el contacto de Rugiero.

—En verdad, capitán, repito que no os conozco,—dijo Rugiero,—ni alcanzo el motivo por qué, ahora que estáis en plena y pacífica posesión de vuestra querida...

—No, caballero, Teresa no es mi querida,—interrumpió bruscamente el capitán;—es una señorita honrada, que será próximamente mi esposa; pero que no ha sido jamás, ni será mi querida.

—¿Y quién dice lo contrario?—contestó con calma Rugiero:—si me he servido de la palabra querida, es solamente en el sentido de una mujer á quien se ama... pero veo que estáis de mal humor, y que esta noche no nos hemos de entender.

—Al contrario,—dijo el capitán,—quizá esta noche nos entenderemos mejor que nunca; y aunque el diablo me lleve, estoy resuelto á tener una explicación...

—Y yo también,—añadió Arturo, haciendo un esfuerzo visible:—aunque el diablo me lleve, tendré una explicación.

Apenas dijeron estas palabras, cuando observaron que el fistol de ópalo de Rugiero, que siempre llevaba pre-

didado en la pechera, despedía una llamita roja, como fuera oro fundido; las luciérnagas y cucuyos del jardín se agitaron repentinamente, é invadieron la habitación formando como una aureola al derredor del misterioso personaje, é iluminando siniestramente con una luz azulada y blanca su hermosa é imponente figura.

—¿Queréis tener explicaciones, aunque os lleve el diablo? pues es capricho singular,—contestó Rugiero soltando una carcajada.

Un calofrío recorrió el cuerpo de los jóvenes; pero dieron fuertemente con el pié en el suelo, como queriéndose sobreponer á la fascinación desconocida y extraña á que estaban sujetos.

—Estos animalitos, han invadido el salón, y aunque es verdad que reemplazan bien las bujías, que no se han encendido, quizá os deslumbrarán sus luces movedizas y fosfóricas: vamos á que despejen.

Rugiero sacó un pañuelo, y apenas lo agitó dos ó tres veces en el aire, cuando se alejaron los muchos cucuyos que habían entrado: la llamita roja del fistol de ópalo se apagó, y todo quedó en la más completa oscuridad.

—Ahora sentaos, amigos míos, y tendremos cuantas explicaciones sean necesarias... y por cierto no serán del todo inútiles.

—Si me permitis encenderé las velas,—dijo el capitán.

—Como os agrade.

Manuel buscó y encontró con trabajo, una caja de cerillas, y medio temblándole la mano de cólera y de miedo ó quizá de las dos cosas, encendió dos ó tres velas que encontró, no pareciéndole, sin embargo, que había suficiente luz: hecho esto, arrimó la silla con mal humor,

arrellanó en ella y comenzó á retorcerse el bigote. No bía, en verdad, por donde comenzar.

—Ya os escucho,—dijo Rugiero, interrumpiendo el silencio que había reinado durante cinco minutos, y sonriendo malignamente.

El capitán quería hablar; pero habiendo más bien gruñido que articulado algunas palabras incoherentes é ininteligibles, Arturo le interrumpió.

—Por mi parte, Rugiero,—dijo,—lo que tengo que decir es muy sencillo. ¿Cuánto vale el fistol?

—¡Bravo! ¿me lo queréis comprar?

—Más adelante me explicaré,—continuó el joven cobrando más ánimo:—lo que por ahora quiero, es ser libre, independiente y no depender de nadie.

—¡Singular deseo!—contestó Rugiero;—eso quieren todos los hombres, pero como me señaléis uno sólo que sea libre, y que no dependa de nadie, os doy mi palabra de honor de que vos lo seréis también.

—No son vuestras eternas lecciones de filosofía las que deseo escuchar ahora,—contestó resueltamente el joven,—sino arreglar otro asunto.

—¡Hola! ¡hola!—dijo Rugiero con voz un poco fuerte y arrimando su silla con enfado;—estáis esta noche muy valientes.

—Jamás hemos tenido miedo á nada,—interrumpió el capitán, mordiéndose los labios.

—Es verdad,—dijo Rugiero con acento burlón,—nada efectivamente: caer en los brazos de un amigo desmayado como una doncella, porque la mar estaba un poco picada, es un rasgo de valor muy notable.

—¡Rugiero!—gritó el capitán, levantándose de la silla con aire resuelto y amenazador.

—¡Capitán!—contestó el aventurero en el mismo momento. Manuel sintió que sus piernas se aflojaban, y volvió á caer en su silla, exclamando en voz baja:

—¡Maldita naturaleza humana! ¡yo te dominaré.

—Como yo el primero he comenzado mis explicaciones,—interrumpió Arturo,—¿me permitiréis que las concluya?

—Está muy puesto en el orden, amigo mío,—contestó Rugiero con una voz muy suave, y sentándose con tranquilidad.

—Para ahorrar palabras,—prosiguió Arturo,—os diré que la deuda que tengo con vos, me abruma y me pesa.

—¿Pero qué deuda, amigo mío?—preguntó Rugiero fingiéndose asombrado.

—Vos me prestasteis un fistol de brillantes; éste fue robado á mi padre, y es claro que yo soy el único responsable; conque no me hagáis más preguntas, y decidme el precio de la alhaja: yo me daré modo de pagarla, si no en el acto, al menos en algún plazo prudente; pero decididamente, vos ejercéis, sin duda, por esta causa un dominio en mi persona, que literalmente no me deja movimiento libre. En México, en Tampico, en todas partes, siempre os encuentro, y delante de vos estoy como un chico de la escuela. Esto es terrible, y vale más que me deis un balazo en la mitad de la frente.

Rugiero soltó la carcajada.

—¿Os burláis?

—No, de ninguna manera; y puesto que queréis que hagamos un trato mercantil, no tengo inconveniente alguno. ¿Conque queréis comprar el fistol?

—Sin duda; ya lo he dicho.

—¿No os pesará saber su historia?

ninguna suerte.
 Una tarde, hace centenares de años, un negro de Abisinia se paseaba al pié de una de las pirámides de Giza: vio en el suelo algo que relumbraba; se agachó, se agachó, se agachó, y levantó un diamante. Un turco que lo había observado lo siguió, y como era en un desierto, y había entrado ya de noche, sacó su puñal, asesinó al negro de Abisinia, le quitó la alhaja, la guardó cuidadosamente y aprovechando la salida de una caravana, se dirigió á Bagdad, donde reinaba á la sazón el famoso Haroum-al-Raschid de quien tendréis noticia, supuesto que sois jóvenes bien educados y estudiosos. Por la interposición de un cadí, á quien prometió darle una mitad del producto de su alhaja, logró introducirse á presencia del monarca, el cual, como era espléndido y generoso, se lo compró sin dificultad, ninguna, dándole una gruesa cantidad de *sequites*... no recuerdo precisamente qué suma, pero debe haber pasado de sesenta mil pesos. El turco se retiró muy contento con su dinero á casa de su amigo el cadí; pero en lugar de darle la mitad, sólo le dió doscientos *sequites*. El cadí se informó del mismo soberano; se convenció de la mala fe del mercader, lo acusó, y logró con su influencia que el visir lo condenase á recibir quinientos palos, á perder su dinero y á ser arrojado de la ciudad de Bagdad. Cuando el turco desconocido y sin relaciones en Bagdad, protestó que vería al monarca, y lloró, y suplicó, la cosa no tenía ya remedio; la sentencia se cumplió, y el infeliz, desnudo y más muerto que vivo, fué arrojado á un lugar desierto, donde se lo comieron por la noche los chacales y las aves de rapiña. En cuanto al monarca, luego que fué dueño de la piedra, la mandó engastar y colocar en su turbante; y por la noche, disfrazado, como acos-

tumbraba, se fué á buscar aventuras, porque además de justiciero y espléndido, era el tipo de los monarcas oji-alegres y enamorados. Pasando por una callejuela estrecha y sucia, oyó los acentos de una guzla; espió por una celosía, y vió dos muchachas; la una tocaba, y la otra danzaba como una *bayadera*: ojos negros, grandes madejas de pelo suave, labios encarnados y gruesos, formas redondas y mórbidas, como agradan á los hijos de Mahoma: tal era la bailarina. En cuanto á la que tocaba, como estaba de espaldas, no podía observarse su fisonomía. El monarca, encantado, se decidió á correr á todo riesgo la aventura; y diciendo que era un mercader de Armenia, logró introducirse en la casa. Apenas las muchachas observaron la maravillosa piedra engastada en el turbante, cuando comenzaron á hacer mil agasajos y zamalerías al fingido mercader armenio: sabio y cuerdo como era el más espléndido de todos los califas, perdió la cabeza, pues la que tocaba la guzla, era más hermosa que la bailarina. En lo más ferviente y entusiasmado de sus amores estaba el monarca, cuando salieron de una pieza interior cuatro enormes negros. Lo primero que hicieron, fué apoderarse del turbante, y arrojar á la calle al personaje amenazándolo con darle la muerte si chistaba una palabra. El monarca no tuvo más remedio que sucumbir á la fuerza, sin descubrir su rango, por evitar el escándalo que esto habría producido; pero se retiró á su palacio, decidido á hacer un castigo ejemplar con las insolentes mujerzuelas y con sus cómplices; pero cuando su policía fué á la casa, estaba ya completamente desierta. Al darle parte el visir, el monarca le contestó secamente.

—Dentro de tres días, los negros ó tú, han de estar empalados. En cuanto á las mujeres, como al fin son

hermosas, me contentaré con que sean las esclavas de mis esclavas durante cinco años, condenándolas además, á que una baile durante cuatro horas seguidas diariamente, y la otra duerma de día, y durante la noche toque la guzla sin descansar.

Como esta resolución no admitía réplica, á los tres días exactamente, los cuatro negros estaban ensartados en un palo, que les salía por la boca, en las celosías de la misma casa en que cometieron el atentado, y las dos mujeres sirviendo á las esclavas del califa. En cuanto al turbante y á la piedra, no pudo encontrarse, porque los negros confesaron que la habían perdido al emprender la fuga.

Un día se paseaba por las cercanías de Bagdad un filósofo griego, llamado Eupathos, que viajaba por todo el mundo, examinando las plantas, estudiando las costumbres de los animales, y observando el carácter de los diversos pueblos. Mirando que una mariposa esmaltada de rojo y de oro, volaba, deteniéndose en una piedra, y pasando después á otra, se propuso cogerla, no con la intención de hacerle daño, sino con la de observar el primor de sus alas. Al tocar la mariposa, ésta se escapó, y el filósofo, sin querer, desvió la piedra, debajo de la cual vió alguna cosa que brillaba: escarbó la tierra, y quedó maravillado con el hallazgo de un diamante, cuyo brillo era superior á todo lo que había visto en sus viajes. Como estaba en Bagdad á la sazón en que ocurrió la aventura al califa, y se había prometido una recompensa magnífica al que encontrase la alhaja, no dudó que ella era la que los negros habían robado y perdido después. Pensó inmediatamente presentarse al visir y entregar la prenda; pero como el califa acababa de morir,

no tuvo mucha confianza en la justicia del sucesor, y lo que hizo fué guardar cuidadosamente el diamante, y marcharse al día siguiente á Constantinopla, donde lo llamaban sus estudios.

Próximo ya á llegar á su destino, se encontró con una avanzada de tropa: ésta lo hizo prisionero, y lo llevó ante el emperador Nicéphoro, que estaba en campaña contra los búlgaros.

—¿Quién eres?—le preguntó el emperador.

—Un filósofo,—respondió el griego,—que viajo con el objeto de estudiar la naturaleza.

—¡Ah! entonces espera, y harás un estudio, que quizá será nuevo para tí.

El emperador ordenó que le trajesen á Vardane, que á poco apareció rodeado de soldados y cargado de cadenas; mandó que lo sentasen y atasen fuertemente, y en seguida que le sacasen los ojos, hasta que quedaran vacías las cavidades.

—Ahora soltadlo,—dijo á los guardias,—y que vaya á sentarse al trono de Oriente. En cuanto á tí, como no eres más que un espía de mis enemigos, prepárate á sufrir la misma suerte, y estudiarás mejor ciego que con tus dos ojos traidores.

El filósofo, pálido y temblando, se dejó caer á los piés del tirano, y le pidió cinco minutos de conferencia.

—Señor, lejos de ser un espía, soy un admirador de mi soberano; y habiéndome encontrado en un campo una alhaja digna de él, venía justamente á ofrecérsela.

Esta fué una inspiración que el miedo sugirió á nuestro griego, pues luego que Nicéphoro oyó que se trataba de una alhaja de gran valor, dulcificó un poco la severidad de su rostro, y respondió:

—Si lo que me dices es cierto, te irás á donde quieras sano y salvo; pero si encuentro que esa alhaja no es digna del gran soberano de Oriente, del vencedor de los turcos, te mando cortar la cabeza inmediatamente.

El filósofo pensó que su vida realmente dependía del gusto del emperador; pero fió en la hermosura del diamante, y sacándolo de su cintura, donde lo tenía oculto, lo presentó con una mano, mientras con la otra se cubría el rostro, para disimular el terror con que esperaba la sentencia.

Apenas Nicéphoro tomó el diamante en sus manos, y lo puso en dirección de la luz, cuando tuvo que desviar su vista, porque quedó deslumbrado como si hubiese visto el sol.

—Levántate, levántate,—dijo al filósofo,—que te doy, no sólo tu libertad, sino lo que me pidas por esta alhaja; seguramente no la tiene ningún otro soberano del universo. ¿Quieres oro, posesiones de campo, empleos?

—Nada,—dijo el filósofo con mucha modestia,—más que la consideración de mi soberano y la libertad que me ha prometido.

El monarca, sin embargo, instó mucho al griego para que recibiera un bolsillo lleno de oro y otras alhajas de gran valor; pero rehusándolo éste todo, le concedió la plena libertad que deseaba, y llamó á muchos maniqueos, que eran sus amigos y consejeros íntimos, y que siempre lo rodeaban, para darles parte de tan inesperada adquisición. Todos elogiaron la piedra, asegurando que jamás habían visto otra igual, y aconsejando al emperador que la mandase engastar en el puño de su espada.

—Precisamente eso pensaba yo, para tener la gloria

de vencer con ella á esos insolentes búlgaros, y cortar la cabeza á su rey con mi propia mano.

En cuanto al filósofo, luego que pudo usar de su libertad, se alejó, y dando vueltas y rodeos, fué á dar hasta el campamento de los búlgaros; se hizo introducir ante el rey Crunno, y se arrojó á sus piés.

—Levántate, y di lo que quieres,—le dijo con un acento duro el rey bárbaro.

—Gran señor, os contaré, que viajando con dirección á Constantinopla, fui aprehendido por los guardias del emperador Nicéphoro, el cual creyéndome un espía, y sin otra razón que este supuesto delito, me había mandado sacar los ojos, y me hubiera degollado, á no ser porque le di un diamante que no tiene igual en el mundo, y que perteneció al califa de Bagdad.

—Bien, y ¿qué quieres de mí?—preguntó el rey.

—Venganza, señor, venganza, y que quitéis del mundo á ese tirano, que oprime á todos sus súbditos.

—Con mucha voluntad lo haría, porque soy su enemigo; pero mis fuerzas son inferiores; y si en estos momentos entrara en campaña, seguramente sería derrotado.

—Permitidme, señor, que os haga algunas explicaciones importantes.

El filósofo dió al monarca búlgaro todos los informes necesarios respecto al campamento, su situación, sus fuerzas; y sobre todo le significó que Nicéphoro estaba tan orgulloso, descuidado y entretenido con las adulaciones que le prodigaban los maniqueos, que era fácil aún sorprenderlo en su misma tienda, hacerlo prisionero, y quitarle la espada, en cuyo puño había mandado engastar el diamante.

—Y también la cabeza le quitaré,—dijo el rey Crunno:—tentaremos la empresa. Retírate á una distancia del campo que yo te señale: allí permanecerás vigilado. Si triunfo, te prometo sentarte á mi lado en un banquete, que daré en celebridad de la victoria; mas si al contrario, soy derrotado, entonces mis guardias te cortarán la cabeza; piénsalo bien, y resuélvete.

—Lo he pensado, y estoy resuelto, porque tengo por seguro que saldréis vencedor.

—Si me apodero de la espada, te devolveré el diamante.

—Como os agrade, gran señor; lo que quiero es vengarme del tirano.

Crunno tomó las disposiciones necesarias con un arrojo que la historia ha elogiado; asaltó con fuerzas inferiores el campo de Nicéphoro; logró penetrar hasta su misma tienda de campaña, y se apoderó de su persona, encontrándolo tan confiado y desprevenido, que ni la espada tuvo lugar de ceñirse.

Cumpliendo su palabra el monarca búlgaro, dispuso un gran banquete, y sentó á su lado á Eupathos. A la hora de los brindis tomó el rey una extraña copa, y después de haberla llenado de vino y bebido, la presentó á su convidado, diciéndole:

—Yo he cumplido mi palabra; tú me debes la venganza, y yo á tí la victoria; bebe en esta copa, hecha con el cráneo del Emperador de Oriente.

En efecto, vosotros que conocéis la historia, debéis saber que Crunno tuvo el capricho de mandar engastar en plata el cráneo de Nicéphoro, y formar con él una copa, en que bebía cuotidianamente los mejores vinos. El filósofo tomó la copa con mano firme, y dijo al rey.

—Jamás los tiranos pueden tener otro fin; bebo á la salud de Crunno el Justiciero.

—En cuanto á la espada,—dijo el emperador,—uno de los maniqueos la tomó en medio de la confusión, y se escapó con ella; pero no te dé cuidado, que los despojos del emperador de Oriente me han hecho rico, y yo te daré lo que baste para que durante tu vida continúes tus viajes; pero añade á tu ciencia esta lección.

La consecuencia que el filósofo sacó fué, que una gran riqueza es un gran riesgo, un gran peso, y en una palabra, un fardo insoportable, que muchas veces aniquila al que lo lleva. Con los regalos que le hizo Crunno, se retiró á vivir tranquilo en una casita de campo á las orillas del Bósforo, y ni el monarca búlgaro, ni el sabio griego volvieron á pensar ya más en el diamante.

Hemos dicho que un *maniqueo*, deseoso de poseer no la espada, sino el diamante que tenía engastado en el puño, con todo y que era, no sólo grande amigo, sino eterno adulator del emperador, se aprovechó de la confusión que causó el asalto, y se la robó. Como pudo, quitó el diamante y arrojó la espada, y reunido con sus sectarios en Constantinopla, les dió parte del suceso. ¡Aquí fué Troya! como dicen los españoles. Yo traté mucho á los maniqueos; eran los hombres más singulares del mundo; para ellos no había diablo como para los de raza española, que á todos horas lo ven, sino dos dioses; un dios del bien, y otro dios del mal. Estas fuerzas, ambas eficaces y poderosas, están en una continua lucha en el mundo, y los desgraciados discípulos de *Mane* estaban á todas horas y en todos los momentos de su vida pensando en cuál de los dos dioses podría más.

Luego que vieron la maravillosa alhaja de Philóphero (que así se llamaba el maniqueo) comenzaron por disputar si era un bien, ó un mal el tenerla. Todos tenían interés en ella; así es que de pronto declararon que era un mal el que Philóphero la poseyese, y que en consecuencia debía pertenecer á todos los que habían sido amigos del rey. Cada uno pareció conforme con esta resolución; pero cada uno de los ocho que habían formado la camarilla de Nicéphoro, comenzó á meditar el medio de deshacerse de sus siete competidores, y de quedarse con el diamante. Separáronse con muestras de la mayor amistad, conviniendo en encerrar la piedra en una cajita, y confiarla á un joyero armenio, que vivía en las cercanías de la iglesia de Santa Sofía, diciéndole que allí estaban depositadas las muelas del difunto emperador, que habían con mil sacrificios rescatado del platero que formó con el cráneo de aquél, la copa en que bebía vino el rey búlgaro. El armenio, que era desconfiado, no creyó en la fábula de las muelas, y al momento en que los maniqueos se fueron, pensó darse trazas para abrir la misteriosa cajita y ver lo que contenía. Estaba en esto ocupado, cuando tocaron la puerta y se presentó Philóphero.

—Amigo mío, tengo que confiaros un secreto; en esta cajita no hay tales muelas de nuestro emperador.

—Ya me lo sospechaba,—dijo el armenio.

—Lo que contiene,—continuó el maniqueo,—es un diamante de tan grande hermosura y valor, que seguramente no hay otro igual en la tierra. Era mío, y mis compañeros han declarado que era un mal que una sola persona fuese su dueño, y que el principio del bien es que todos los ocho poseamos tal alhaja, pero escuchad.

—continuó arrimándose al oído del armenio,—os daré la mitad de su valor, si consentis en mi proyecto.

—¿Cuál es?—preguntó el armenio.

—Haced un banquete, convidad á los ocho que hemos venido, y echad en el vino ciertos polvos que os daré... ¿comprendéis? morirán todos de indigestión, los unos al día siguiente, los otros más tarde, pero al fin, los dos seremos únicamente dueños del diamante.

—Todo es un mero mecanismo,—contestó el armenio,—que arreglaremos del mejor modo posible, lo esencial es ver el diamante; si me agrada, el negocio está hecho. Tendremos mañana un magnífico banquete, y mientras los convidados estén acabando de apurar sus copas, nosotros en ligeros caballos iremos caminando para la Armenia; ¡ya veréis qué país! en nada se parece á esta pestilente é inmunda ciudad de Constantinopla.

—Pues al negocio,—dijo el maniqueo,—abriremos la cajita.

—¿Y si los demás reclaman?—preguntó el armenio.

—¡Bah! Al fin no ha de salir de nuestras manos.

—Forzando los sellos y cerraduras, abrieron la cajita, y el armenio confesó que entre todas las piedras que había tenido en sus manos, no había una que pudiera compararse con ella.

Se arregló para el día siguiente el banquete, y se dispuso convidar á los siete maniqueos. Apenas había salido Philóphero, y el armenio comenzaba las disposiciones para la ejecución del plan, cuando tocaron la puerta y se presentó otro de los maniqueos; el armenio se puso pálido, creyendo que todo se había descubierto.

—¿Sabéis que tengo que confiaros un secreto?

—No sé nada, absolutamente nada,—respondió el

armenio aparentando mucha sangre fría é indiferencia.

—Pues esa cajita no contiene las muelas de nuestro difunto emperador.

—Ya me lo había yo sospechado, sin duda serán los dientes.

—Nada de eso.

—¿Entonces?

—Escuchad: dentro de esta caja hay encerrado un diamante de gran precio, que pertenecía al emperador, y como yo era de sus amigos más íntimos, claro es que á mí me toca; pero me lo quieren robar. El principio del bien se declara en mi favor, y me dice que yo debo ser muy feliz, si llego á ser el único dueño de esa alhaja, pero el principio del mal ha inspirado á mis compañeros la idea de dividirlo entre todos.

—Y bien,—dijo el armenio,—todo eso no me toca, ni me ataño, y hasta ahora no comprendo...

—Pues la cosa es bien sencilla, y si me ayudáis en ella, la mitad del valor del diamante será vuestro.

—Hablad, y si vuestras condiciones son racionales, entonces...

—Se trata de que demos un paseo por el mar, en una lancha iremos los dos y algunas de mis hermosas esclavas, en otro bote irán mis siete amigos, y cuando estemos más contentos y más lejos de la tierra, la embarcación de mis compañeros deberá hacer mucha agua, mucha agua, hasta que desaparezca... Vos entendéis perfectamente, y sabréis desempeñar con acierto la parte que os toca.

—Entiendo perfectamente; se trata de que sólo vos y yo, volvamos al puerto.

—Y por supuesto,—dijo el maniqueo,—las damas que

nos acompañarán, con las cuales hay que tener mil consideraciones.

—Es un asunto digno de pensarse,—dijo el armenio.

—Os resolveré mañana, y hablaremos en el banquete que pienso dar á mis amigos, y al cual me haréis la honra de concurrir.

—Convenido, y pensad bien que se trata de una fortuna.

El maniqueo se despidió, y el armenio creyó quedar ya con la tranquilidad suficiente para examinar bien la joya, calcular su valor y procurar darlo en alhajas al primer maniqueo que le propuso el negocio, cuando volvieron á tocar la puerta y se presentó un tercer maniqueo, haciéndole la misma confesión, y proponiéndole una partida de caza, en la cual los leones y tigres deberían comerse á sus siete amigos.

Finalmente, en el discurso del día y de la noche, los ocho maniqueos entraron en casa del armenio, alegando cada uno las mismas razones para ser el dueño exclusivo de la joya, y discurriendo un diverso método para destruir á sus siete compañeros. El armenio decidido por el primer plan, á todos los emplazó para el banquete, decidido como estaba á seguir la primera inspiración. Philóphero y el armenio convinieron en que ellos beberían un vino diferente del de los demás, por supuesto, sin polvos ni composición alguna, y en prueba de buena fe, convinieron también en el beber cada uno unos tragos, y después cambiar mutuamente las copas y botellas: una vez pactado esto toda sombra de traición ó desconfianza desaparecía completamente.

Al día siguiente á medio día, después de las oraciones del *muezín*, los convidados estuvieron reunidos y obser-

varon que no había en la mesa más que ellos y el armenio. Cada uno pensó para sus adentros, que sin duda no había querido que hubiese personas extrañas, para que de este modo el convenio pudiese arreglarse mejor; cada uno creía ser el único que había discurrido apoderarse del diamante, y sólo el armenio era dueño de los secretos de todos.

—Como estos ocho maniqueos están todos conformes en morir, discurrió el armenio, puesto que cada uno conspira contra la vida de los siete restantes, lo mejor será que mueran todos, y de esta manera, yo solo seré el dueño de la hermosa piedra.

Con esta resolución, se propuso, cumpliendo el pacto que había hecho con Philóphero, beber media copa de vino, y al devolvérsela á su amigo, echarle unos polvos, que á las cinco horas deberían hacer su efecto.

Philóphero, por su parte, pensó que si dejaba vivo al armenio, además de tener siempre que considerar á su cómplice, perdería la mitad del valor de la joya, y que lo mejor era beber unos tragos y devolver la copa al armenio con unos polvos iguales á los que se había dispuesto echar en el vino de los demás convidados.

Como el armenio volvió la cara después de beber, fingiéndose el distraído, y el maniqueo hizo lo mismo, los dos aprovecharon la oportunidad, y cambiaron sus copas ya compuestas con los maravillosos polvos.

Parece que el primer efecto era poner de buen humor á todos, así la alegría no tuvo límites, y el armenio y los maniqueos, y los maniqueos y el armenio se hicieron tales halagos y se dijeron palabras tan expresivas, que más parecían hermanos. El armenio hizo una seña á Philóphero, ambos, aprovechando el bullicio y la ale-

gría que reinaba, se escurrieron silenciosamente, salieron por la puerta del jardín, montaron en unos robustos caballos que tenían preparados, en pocos minutos llegaron á una playa desierta, á donde los esperaba una barca, atravesaron el canal, y ya considerándose más seguros en Asia, pensaron tranquilamente en dirigirse á Nicomedia, para de allí, seguir su camino á la Armenia. En todo esto, acabó el día, y ya á la hora del crepúsculo entraron en un desfiladero de montañas que pensaban pasar antes de que acabase la luz. Sea que la fatiga del camino hubiese influido en dilatar los efectos del veneno, sea que éste hubiese sido puesto en las copas en dosis menor, el hecho es, que los dos personajes se observaban cuidadosamente con inquietud, y que cada uno esperaba por momentos ver caer del caballo á su compañero. La luz acabó sin que hubiesen concluido el paso del desfiladero; llegó la noche que parecía más oscura por las sombras de los peñascos y así en silencio caminaban nuestros dos personajes, que ya pertenecían á Satanás, seguidos de cuatro esclavos negros que parecían los demonios dispuestos para llevárselos.

Un quejido que involuntariamente lanzó Philóphero, interrumpió la monotonía del viaje.

El armenio puso la mano en el puño de su yatagán, decidido á concluir con el acero la destrucción comenzada por el veneno; pero tuvo que quitar la mano de su arma, para llevarla á su pecho, porque le pareció que una llama abrasadora le había subido del estómago.

—Me habéis envenenado, maldito y execrable maniqueo.

—Y vos á mí, traidor y detestable armenio. Dadme, dadme el diamante, ó lo sacaré de vuestro negro corazón.